

No siempre hace mal sufrir¹

Giovanni Terenghi²

¿Cómo tenemos que interpretar el sufrimiento que la vida nos reserva? ¿Cómo hay que discernir sobre los problemas que nos presenta? ¿Qué cuidados hay que tener para que el joven desarrolle una adecuada capacidad de sufrir por aquello que vale la pena? ¿Hay que tutelarlo del dolor o también ayudarlo para que pueda sufrir bien? Y más aún, ¿de qué modo la experiencia del sufrimiento puede constituir una ocasión para crecer, y bajo cuáles condiciones? ¿Sanar significa no sufrir más o también saber sufrir bien?

En este artículo se propone la idea que vivir los sufrimientos que experimentamos y aquellos inherentes a las decisiones que hemos tomado sea un elemento determinante para nuestro crecimiento y una ocasión de la cual nadie tiene derecho a privarnos. La propuesta formativa debería por ende, ofrecer las condiciones necesarias para que el joven pueda «ser madurado» por la experiencia del dolor. Más precisamente, debería favorecer la adquisición y el desarrollo de la capacidad de sufrir, una capacidad que - nos recuerda Victor Frankl - no es una dotación natural innata, sino que es fruto de una conquista, algo que se debe padecer.

Sufrimiento y crecimiento global

Dejar al sufrimiento el derecho de existir no parece una idea muy de moda. En efecto, vivimos en una sociedad marcada por el culto de la gratificación instantánea, por el cual cada tipo de escollo – y el inevitable sufrimiento conectado con la necesidad insatisfecha – es muy poco considerado³. Una sociedad incierta y turbulenta, que termina por imponer la contracción de un «yo mínimo», un yo que para enfrentar las imprevisibles adversidades se nutre del desempeño emotivo o de la reluctancia a crear vínculos afectivos a largo plazo⁴. Un ambiente social marcado por la idiosincrasia por el enlace fuerte, por el tipo de apego profundo y comprometido. Una cultura que vive bajo la marca del rechazo de implicarse emotivamente – con la relativa reluctancia de asumirse compromisos definitivos – para evitar el riesgo de sufrir⁵. La época postmoderna parecería caracterizarse por un progresivo narcisismo existencial que surge como modelo

1 TERENGHI, Giovanni, *Soffrire non fa sempre male* en «Tredimensioni» 3(2006) 64-74. Traducción Enrico Ricci para el Curso *Psicología Evolutiva*, Facultad de Teología “Monseñor Mariano Soler” (Montevideo, 2012).

2 Psicólogo-psicoterapeuta, Verona (Italia).

3 BAUMAN, Z., *La società della gratificazione istantanea in culture differenti: Europa e Nord America*, en «Concilium», 4 (1999), pp. 19-27.

4 LASCH, C., *“L’io minimo”*, Feltrinelli, Milano 1985.

cultural predominante, y esto ha penalizado aún más la ya precaria capacidad de tolerancia del dolor y del sufrimiento⁶.

«Cualquiera sea la cosa preciosa para ustedes - escribió Lewis - vuestro corazón, antes o después tendrá que sufrir por causa suya, y quizás también partirse»⁷. La sociedad postmoderna lo desafía y ha forjado un nuevo modelo de hombre, resistente al sufrimiento: el **Homo Sentiens**. Es el que substituye al **Homo Patiens**. La emoción tomó el lugar de la pasión.

Hay que notar el pasaje interesante: el lugar que dejó libre el sufrimiento, lo ocupó la emoción, no la pasión. En su ensayo **“Il culto dell'emozione”**, Lacroix nos recuerda que la pasión nunca es del todo ajena al sufrimiento (en el idioma italiano la palabra “passione” puede indicar al mismo tiempo un gran amor o un gran dolor). La pasión en efecto está en el orden del padecer, de la pasividad y de la falta de libertad. El hombre apasionado está inmolado a su pasión. Por el contrario, las emociones se producen en cantidad; son un universo que evoca movilidad, libertad y desempeño. «La pasión me consume, la emoción se consume»⁸. Puede ser también por esto que el hombre moderno es rico de una multitud de placeres pero pobre de una pasión exclusiva. La pasión se inscribe en la duración, mantiene un vínculo permanente con su objeto y, como tal, pide constancia, fidelidad y dedicación. Todas cualidades de las que el hombre de la gratificación instantánea huye, prefiriendo situaciones provisorias, relaciones precarias, con tal de quedarse disponible para todas las emociones posibles. Se trata de una perspectiva antropológica muy diferente respecto a la romántica, para la cual el hombre era fundamentalmente pasión, «un ser doliente»⁹. En un contexto sin pasiones se encuentran fácilmente la indecisión crónica y el rechazo a renunciar a las posibles alternativas disfrutables, dejando al yo en un estado fluido.

La huida del sufrimiento conlleva también un debilitamiento de los vínculos afectivos: el encuentro con el otro llega a ser problemático, frágil, e incluso peligroso. En la sociedad del «Sí mismo fluido» y del «amor líquido», del «hombre sin vínculos» y de las «relaciones de bolsillo», instaurar relaciones llega a ser afanoso, y tiene que enfrentar el temor que éstas, antes o después, terminarán por pegotarse. Y en un clima en el cual más importante que la relación misma es tener la garantía de tener una puerta segura de salida de esa relación, un compromiso a largo plazo es la trampa más temida que se procura evitar a toda costa¹⁰.

También la religiosidad, cuando está privada del elemento sufrimiento, tiende a transformarse en un movimiento religioso de estilo New Age, que propone a sus adeptos una perspectiva no problemática de la existencia, una visión donde las palabras finitud y sufrimiento nunca llegan a ser pronunciadas¹¹.

5 CAMPANINI, G., *Verso una società dell'indifferenza?*, en «Aggiornamenti Sociali», 36 (1985) pp. 601-616.

6 LASCH, C., *“La cultura del narcisismo”*, Bompiani, Milano 2001, p. 274; CANTELMINI, T. et al., *“Psicologia e teologia in dialogo”*, San Paolo, Cinisello B. (MI), 2004, p. 105.

7 LEWIS, C. S., *“I quattro amori”*, Jaca Book, Milano 1982, p. 152.

8 LACROIX, M., *“Il culto dell'emozione”*, Vita e Pensiero, Milano 2002, p. 122..

9 FRANKL, V. E., *“Homo Patiens. Interpretazione umanistica della sofferenza”*, Salcom, Brezno di Bedero (VA) 1979, p. 106.

10 BAUMAN, Z., *“Amore liquido. Sulla fragilità dei legami affettivi”*, Laterza, Bari 2004.

Es inevitable que estas condiciones culturales ejerzan un influjo significativo sobre los jóvenes que acompañamos, y quizás no son del todo ajenas tampoco a la cultura de los mismos educadores. Tanto unos como otros son hijos de su propio tiempo, crecidos y muchas veces más empapados de lo que creen de la cultura que los acunó. Y por otra parte está claro que la forma de tratar el sufrimiento tiene repercusiones sobre el modo en el cual el yo se siente a sí mismo, a los otros y a Dios.

Formación y sufrimiento

Alguna experiencia de sufrimiento **tiene que** estar presente en el proyecto educativo, sea por exigencias de madurez como de formación.

Madurez significa también saber elegir. Pero para poderlo hacer es necesario también renunciar a las pretensiones egocéntricas, saber esperar ante la presión de la gratificación de la necesidad, tolerar la ausencia y el límite que mortifica y, finalmente, aceptar la misma muerte. Ante estos costos surgen resistencias naturales, por la «repugnancia opuesta por nuestra naturaleza que siempre trata de huir del cansancio y seguir su comodidad» (San Camilo de Lellis).

Las exigencias formativas añaden un poco de sufrimiento. En efecto, si la formación procura favorecer que la persona asuma los valores, no puede no provocar sufrimiento. Seguramente no es un sufrimiento procurado en forma premeditada, sino que es consecuencia de las elecciones de valor deseadas e intencionalmente buscadas. Sabemos que vivir los ideales requiere la continua confrontación con los mismos, la constatación de que hay distancia entre ellos y la condición actual, la tensión (no siempre óptima) que deriva de todo ello, las crisis más o menos importantes que deberían sostener el desarrollo y el proceso de maduración del deseo y de la libertad...

Aún si es posible que no guste, es una ley inevitable: «no hay crecimiento de conciencia sin sufrimiento»¹². Si la formación no pone en crisis entonces quizás no sea una formación totalmente adecuada. Si no provoca sufrimiento y no enseña con ello, a sufrir para los ideales, probablemente aún no ha llevado al joven a dar a aquellos ideales toda la importancia y la dedicación que merecen.

Aún si el nivel óptimo de la frustración no sea siempre de fácil definición, continúa siendo verdadero que ésta constituye una condición evolutiva indispensable, capaz de conferir la eficacia necesaria a las dinámicas formativas.

El primer paso del discernimiento formativo consiste en indagar sobre el sufrimiento (en lugar de pensar rápidamente cómo evitarlo). Como el sujeto vive el sufrimiento brinda informaciones útiles sobre la verdad de su persona, indica el lugar en el cual su

11 LASCH, C., *“La cultura del narcisismo”*, cit., p. 271-275; LACROIX, M., *“L’ideologia della New Age”*, Il Saggiatore, Milano 1998.

12 COLLINS, P., *Il dolore della scoperta di se stessi*, en «Vita Consacrata», 35 (1999), pp. 37-52.

corazón descansa y en el cual se debate, sufre, se expande y madura. El sufrimiento del joven puede volverse una experiencia preciosa en el proceso formativo y tal vez «el dolor permanece como el único aliado a disposición, el único instrumento de trabajo para llegar a la verdadera liberación»¹³.

Es igualmente útil recoger las variadas expresiones del sufrimiento, distinguir la calidad, la procedencia y las relativas esperas. Casi nunca el sufrimiento aparece como lo que es, ya que comúnmente se trata de prevenirlo o evitarlo, y cuando no se puede, esconderlo, reprimirlo o negarlo. Alguna vez, por el contrario se manifiesta en modo patente, agudo. Se expresa con intensidades diferentes y con efectos desestabilizadores y, tal vez, paralizantes. Se trata claramente de condiciones muy diferentes que, a los fines formativos, tienen que ser acogidos e interpretados. ¿Qué dice tu sufrimiento? ¿Qué calla? ¿Qué expresa bajo forma de sufrimiento abierto y tal vez sufrido? ¿De cuál sufrimiento latente huyes?

Hay sufrimientos muy diferentes, y no todos son útiles y necesarios para crecer en la libertad de entregarse a un ideal comprometedor. Una primera e importante discriminación en la tarea formativa es la distinción entre sufrimiento **egodistónico** y el **egosintónico**.

En la forma *egodistónica*, el sufrimiento tiende generalmente a ser vivido en modo penoso y sufrido. Aún si en ciertos casos puede ser contenido y acogido con responsabilidad y – al límite – con fe, puede además manifestarse en formas sintomáticas de gravedad diferente. No obstante, desde el punto de vista formativo, esta condición aparece más preferible a la enajenación de Sí mismo mediante formas proyectivas y que quitan la propia responsabilidad (aún si son eficaces en el contener la incomodidad percibida), típicas de las formas *egosintónicas*. Como decir: mejor sufrir mal que negar el sufrimiento. Generalmente, sólo quien sufre siente la necesidad y tiene la humildad de pedir ayuda, y el sufrimiento para el mejoramiento será probablemente un elemento motivacional decisivo en el garantizar estabilidad al mismo cambio.

El sufrimiento *egosintónico*, por el contrario, es sufrimiento sentido como extraño y no es integrado en la experiencia consciente del individuo (puede aparecer bajo forma de falsa tranquilidad, un consuelo forzado y no sincera, o por el contrario externalizado en lamentaciones estériles, comportamientos de exasperación...). Ordinariamente no ofrece un soporte significativo a la motivación formativa, a menos que se vuelva *egodistónico*: por esta razón, sólo quien está movido por la fuerza del dolor se puede acercar y adentrar en el camino del cambio y, al límite, de la curación¹⁴.

En perspectiva del futuro, es más alentadora la situación del joven que sufre algunas crisis durante (y quizá después) la formación inicial, que no aquella del joven que ha atravesado en modo aparentemente indemne los años formativos, pero que probablemente nunca se dejó tocar o poner en discusión por la exigencia de los valores.

13 ANCONA, L., “*La mia vita e la psicoanalisi*”, Magi, Roma 2003, p. 206 (capítulo dedicado a su reflexión, como médico-psicólogo, sobre el sufrimiento).

14 ANCONA, L., *ibid.* op., p. 207.

Para no llegar a ser indolentes

Un elemento que permite distinguir el sufrimiento que ayuda a madurar de aquél inútil, y a veces nocivo, es la relación entre sufrimientos y valores, o sea la mayor o menor libertad que se tiene para sufrir por los valores.

En vistas a esto, resulta útil la distinción hecha por Frankl entre valores «creativos» (lo que nosotros **damos** a la vida trámite la actuación de nuestras capacidades y dotes personales), valores «de experiencia» (aquello que nosotros recibimos de la vida) y valores «de actitud» (lo que sufrimos)¹⁵. Estos últimos refieren a la posición que tomamos ante la vida y en particular ante una realidad existencial (un destino) que no se puede cambiar (por ejemplo una enfermedad incurable).

El sufrimiento es una ocasión para crecer en los valores de actitud. En el dar nuevo significado al evento doloroso a un nivel diferente, la persona se eleva sí misma a un escalón superior. Este movimiento que lleva a ponerse más arriba del propio sufrimiento, es un movimiento de trascendencia que empuja a la persona más allá de sí misma. El sufrimiento puede revelarse como ocasión de auto-trascendencia y ofrecerse como posibilidad de crecimiento. Quien es capaz de ir más de sí mismo «llega a una libertad interior» y de esta forma, madura. En efecto, a diferencia de la realización de otros valores, en la elección de los valores de actitud, el hombre es libre: libre «de» todo condicionamiento y libre «para» dominar interiormente el propio destino. Es libre «para» un sufrimiento auténtico: «Las situaciones extremas permiten no sólo que el hombre llegue a una libertad interior, sino que también le permiten alcanzar una madurez interior. Tales situaciones llegan a ser una prueba de madurez, un **Experimentum Crucis**»¹⁶.

Las ocasiones para aprender los valores de actitud pueden ser los eventos vividos sin otra posibilidad (tomar posición ante situaciones ineluctables) pero también aquellas situaciones libremente asumidas (como la elecciones de vida) que, por así decir, «imponen un destino» a la vida de la persona. Como aludía arriba, cada decisión, en cuanto implica renunciaciones, constituye un aludir al propio límite de la existencia humana: es en definitiva una anticipación de la muerte¹⁷. La aceptación de esta sufrido límite, en la medida en la que el presente está caracterizado por la pacificación con el propio destino de muerte, permite a la persona de seguir siendo el artífice de la propia historia. Esto es lo que permite vivir en la verdad, sin ser perseguidos por la ansiedad de la propia realización: pues ya felices, se puede también donarse de modo desinteresado, sabiendo que el cumplimiento personal seguirá como fruto de un don, efecto colateral no alcanzable directamente. Emerge de tal modo la eficacia ética y formativa del sufrimiento: esto no solo reenvía a la capacidad de la persona de vivir los valores, sino que precisamente en esto se revela como una fuerza poderosa de formación y de estructuración de la identidad personal¹⁸.

Frankl nos ofrece una indicación preciosa sobre cómo liberar el potencial formativo y capaz de hacer madurar que tiene el sufrimiento: «un sufrimiento significativo, es un sufrimiento “por amor de...”»¹⁹. Para poder acoger el sufrimiento se tiene que

15 FRANKL, V.E., “*Homo Patiens*”, cit., pp. 96-115.

16 Ibid, pp. 104-105.

17 DEMMER, K., “*La decisione irrevocabile. Riflessioni sulla teologia della scelta di vita*”, en «*Communio*», 16 (1974), pp. 9-17..

18 BERNARD, Ch. A., “*Sofferenza, malattia, morte e vita cristiana*”, Paoline, Cinisello Balsamo (MI) 1990, p. 56.

19 FRANKL, V. E., “*Homo Patiens*”, cit., pp. 108-110.

entenderlo. Pero el único modo para poder entenderlo es el de trascenderlo: o sea, se puede sufrir en modo significativo sólo cuando se ofrece **por amor** de algo o de alguien. Para que el sufrimiento tenga sentido tiene que ser siempre dirigido hacia más allá de sí mismo. Entonces sólo la lógica oblativa, la lógica del sacrificio, puede cargar de sentido el sufrimiento de la decisión por los valores. En efecto – nos recuerda aún Frankl - sufrimos de buena gana sólo cuando hay algo por lo cual sufrir, alguien por el cual poder consagrar el propio dolor como sacrificio.

Sufrir a causa de Dios

Hay por lo tanto un sufrimiento sano que estimula y sostiene el desarrollo psicológico. Esto es sano también para la vida espiritual. En efecto, es el «sufrimiento de crecimiento» que la confrontación con la verdad de Dios **tendría que** provocar. Dicha confrontación no puede no ser sufrida, y en la fe llega a ser elemento que impulsa al seguimiento²⁰. Es un sufrimiento intrínseco de la vocación misma, que se ofrece como «una posibilidad especial» para el don de sí, provocando al ser humano y haciéndolo desear metas exigentes y auto-trascendentes²¹. En efecto, cuando tenemos la libertad de «permitir» a Dios de manifestarse por lo que es y no por lo que nosotros queremos que Él sea, entonces, en su diversidad de nuestro deseo, nos encontramos delante de una distancia inevitablemente habitada por el sufrimiento. Dios molesta. Sobre todo el Dios que muestra que desea deseos diferentes a los nuestros. El Dios que pide de renunciar a nuestros deseos para desear según los suyos provoca y alimenta sufrimiento, en lugar de reducirlo. Este sufrimiento que – psicológicamente - identifica la diversidad y la distancia de los valores respecto a la condición actual, es en efecto uno de los criterios más confiables para discernir la auténtica experiencia de fe de la simple ilusión de creer²².

Cada verdadero encuentro modifica a aquellos que se encuentran y en esto hace sufrir. Con mayor razón, el encuentro con Dios - que es esencialmente un experimentarnos y ponernos a prueba - provoca un cambio que se manifiesta en las crisis, en el combate, en la resistencia y en el sufrimiento. Tendríamos que entrenar al joven a custodiar el sufrimiento intrínseco a su camino de fe porque por él se pone en marcha y en él se sostiene el movimiento de la auto-trascendencia y del don de sí: en efecto él es «el lugar del misterio precisamente porque, mientras que es la vía necesaria por medio de la cual la realidad se impone con sus límites “dolorosos”, al mismo tiempo empuja a la persona a irse de la realidad actual hacia un “significado” de lo que es doloroso, a encontrarse “en otra parte”»²³. En cuanto tal, el sufrimiento pone a prueba la consistencia de los ideales y la resistencia de la persona para vivirlos y para perseverar en ellos: «hasta que el yo ideal no está probado por el sufrimiento, puede ser fruto casual de una vida fácil y sin obstáculos. El sufrimiento es el fuego que purifica o destruye el yo ideal»²⁴. Pensamos por ejemplo, en la vida de pareja o en la experiencia de ser padre: hasta que la elección del tú no implica también la disponibilidad a renunciar y a sufrir por él, aquel tú es menos amado y gustado.

20 CENCINI, A. “*La croce, verità della vita*”, Paoline, Milano 2002, p. 28.

21 KIELY, B., “*Il senso della sofferenza*”, cit. p. 30.

22 GODIN, A., “*Psicologia delle esperienze religiose*”, Queriniana, Brescia 1993, pp. 195-201.

23 IMODA, F., “*Sviluppo umano. Psicologia e mistero*”, Piemme, Casale Monferrato 1995, p. 28.

Cuando elegir a Dios se traduce en decisiones sufridas y con peligro, en decisiones con un precio (también elevado) para pagar, entonces Dios entra en lo concreto de la vida y nace aquel amor que busca continuamente a cuál deseo del otro se podría responder.

El sufrimiento, libremente asumido y paradójicamente guardado, ya no es más una frustración sufrida o rechazada de variadas formas. Está marcado por el carácter de la libertad y de la verdad, y en cuanto tal se vive en lo secreto (Mt 6), no necesita ser mostrado (Is 53,7), y hasta puede permitirse el lujo de ser un «sufrimiento mutuo»²⁵.

El espíritu de sacrificio no es la necesidad de permanecer en una condición doliente y frustrante. Aquél es funcional para un mayor don de sí mismo, en vistas a una gratificación de sí (la satisfacción de poder decir « ¡hai!»). Detrás de su aspecto «espiritualmente» meritorio y aceptable, la apología del sufrimiento esconde la satisfacción oculta de muchas necesidades del yo: búsqueda escondida de atención, expresión indirecta de la agresividad, evasión de la responsabilidad, un embotamiento del sentido de culpa, cierto apoyo a la autoestima, sentido de superioridad... En este caso la mortificación revestirá un carácter ilusorio y de excusa, poniéndose como «la caricatura de una abnegación rechazada del yo»²⁶, y por ende, como el contrario de la auténtica renuncia a sí en Cristo.

Manos de misericordia

En perspectiva relacional, la aceptación de sufrir es una dimensión estructural de la capacidad de donarse con el amor de misericordia vivido por el Señor. Ayudar a los demás, hacerse próximo, servir a los últimos...no son acciones anestésicas, decisivas o de limpieza contra el límite. El Jesús que hace milagros es también aquel que llora y se conmueve frente a los enfermos o a la muerte, con sensibilidad vulnerable y tierna. Así, la formación al servicio no puede evitar el dilema vivido por el mismo Maestro entre el deseo de aliviar y poner fin al sufrimiento de los demás, y la elección del sufrimiento consecuente con la misión recibida. «Elegir de ahorrar el sufrimiento a los demás,

24 ARNOLD, M.B., “*L'io ideale e la condotta umana*”, en MANENTI, A. – BRESCIANI, C., (org. por), “*Psicologia e sviluppo morale della persona*”, EDB, Bologna 1992, p. 307.

25 FRANKL, V.A., “*Homo Patiens*”, cit., p 115.

26 BEIRNAERT, L., “*Esperienza cristiana e psicologia*”, Borla, Torino 1965, p. 123 (capítulo sobre la ilusión y la verdad en la renuncia).

necesariamente significa cargarla sobre de sí...; elegir a los que sufren, significa elegir sufrir»²⁷. Libres para amar y por ello libres para cargarse los sufrimientos de los demás.

Esta capacidad de asumir los sufrimientos, más que ser un signo pronóstico decisivo de un joven en formación, es un requisito indispensable del educador. No se puede acompañar para resolver las inquietudes si antes no se ha acompañado para compartirlas. Para que el joven pueda afrontar con valentía la dificultad - en lugar de rechazarla o cerrar anticipadamente la cuestión - será necesario que muchas veces el formador sepa acogerla y hacerla suya, para poder después restituirla en forma más adecuada y pueda así ser interiorizada y manejada. «Permitir el aprendizaje a quien no lo tiene, significa estar listo a dejar entrar en sí mismo su ignorancia, su soledad, su enfermedad, y por ende, sufrir con todo ello»²⁸.

27 GUILLET, J., “*Misericordia e sofferenza*”, en «Communio», 60 (1981), p. 31.

28 ANCONA, L., cit. p. 211.

Distinguir los tipos de sufrimiento

El sufrimiento que ayuda a crecer. Indica la pérdida de correspondencia entre la definición de sí hasta ahora alcanzada y las exigencias de la realidad (y/o del ideal de vida) y la pregunta del yo, sea de renovarse como de analizar mejor la realidad (y/o ideal de vida). Aumenta el sentido de realidad: no obstante la tensión del momento, el sujeto sabe reaccionar a la dificultad aún cuando es amenazadora y frustrante, sin negarla mágicamente ni atacarla ciegamente. También el yo se re-define una mejor forma: toma conciencia de los propios límites y del propio potencial, y se sintoniza a un nivel realista de aspiraciones.

Las decisiones llegan a ser más personalizadas y convencidas. Las experiencias psicológicamente desestructurantes que son parte del proceso formativo son aceptadas sin sufrimientos complementarios. El combate permanece pero como un atractivo estimulante.

Sufrimiento que bloquea (más a condicionar). Indica la tensión entre estados internos del yo, contradictorios entre sí y que la persona no logra armonizar. Habla de una dificultad de auto-gestión. Es un sufrimiento marcado por un sentido de pasividad impotente y se presenta la mayoría de las veces bajo forma de experiencia subjetiva de peligro y fragmentación, que la aparición de síntomas trata de detener, reduciendo el nivel de angustia percibido y asegurando así la supervivencia psicológica, y un cierto control sobre el mismo sufrimiento. La «elección» sintomática es el mal menor: «¡me hace sufrir, pero me salva!».

Las decisiones tenderán a tener la función de proteger y compensar los defectos de la estructura de la identidad, para tal fin adaptadas y tergiversadas (en forma directamente proporcional al trastorno del sujeto). Alcanzarán a circunscribir y a hacer callar los signos de sufrimiento hasta asegurar un margen necesario de apoyo, seguridad y estructura que una identidad débil no puede asegurarse por sí misma.

El sufrimiento que condiciona (pero no bloquea). Indica que el yo se está definiendo en un modo pobre y limitado y al mismo tiempo, su modo de interpretar lo real y transformarlo en experiencia es restrictivo. Es el efecto de una respuesta limitada al «por qué» y «para quién» vivir, el resultado de «palabras» no expresadas o ausentes, la señal que se ha omitido una parte de la vida. Por ejemplo, los problemas de autoestima por el estar fundada en el tener y no en el ser, o el sufrimiento por los fracasos personales o la envidia por los éxitos que tiene las otras personas son típicos de un proyecto de identidad confiado sobre todo a la realización de los dotes personales y condicionado por el temor del rechazo social a cuyo reconocimiento se delegó la tarea de mantener en vida el sentido de la felicidad y del propio valor positivo.

Se trata de un sufrimiento camuflado de y latente porque la gran parte de vida que se deja afuera de la propia experiencia está también fuera del propio conocimiento y el uso difundido y rígido de los mecanismos de defensa anticipa las posibles fuentes de incomodidad, guardándolas afuera de la conciencia. Es el sufrimiento sin el sufrimiento del compromiso, de la consolación en el rol, de la convivencia resignada ante las dificultades, de la vida repetitiva o de los deseos débiles y lábiles.

Una vez que se desvaneció el entusiasmo de los inicios, las elecciones se fijan en posiciones y roles tranquilizadores, y la pasión llega a ser búsqueda de atajos que aseguren gratificación inmediata a preguntas de otro nivel. Con el tiempo, se renuncia al combate, y - de hecho- se abdica la búsqueda.